

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 a 2 y de 8 a 9

L. Manouvrier

Antropología de los sexos y aplicaciones sociales

Cuando veinticinco años atrás se producía alguna tentativa ó reclamación del género de las que después se han ido llamando feministas, no dejaban de elevarse discusiones á propósito de su legitimidad.

Existen prejuicios de sexo, de raza, de casta ó de clase social, de profesión, que forman inconscientemente parte de la mentalidad, aún en el hombre de ciencia, prejuicios que éste no logra tan fácilmente desembarazarse de su influencia sobre su pensamiento, aun cuando hechos positivos le hayan revelado la existencia de semejantes prejuicios. No hay duda que el prejuicio del sexo ha entrado por gran parte en ciertas apreciaciones formuladas bajo fórmula científica al tratarse de la inferioridad intelectual de las mujeres y en el éxito que obtuvieron estas apreciaciones, ya que el análisis anatómico y psicológico quedaron grandemente mal tratados, así como el sexo femenino. El orgullo del macho se manifestó en aquellas apreciaciones con violencia, como si lo hubiesen irritado.

Las mujeres hacían valer su ilustración y sus diplomas, invocaban también autoridades filosóficas; pero se les opo-

nía cifras que ni Condorcet, ni Stuart Mill, ni Emilio de Gerardin conocieron jamás. Estas cifras cayeron como mazazos sobre las pobres mujeres, acompañadas de los comentarios y de los sarcasmos más feroces que las más misógenas imprecaciones de ciertos Padres de la Iglesia.

Los teólogos se habían preguntado si la mujer tenía alma. Algunos siglos más tarde por poco estuvieron los sabios que no le negaran una inteligencia humana. En compilaciones científicas muy estimadas pueden leerse algunas reflexiones y conclusiones al decir de las cuales parecería que, en la evolución de la especie humana, la mujer quedó, bajo ciertos aspectos de los más importantes, notablemente por su desarrollo cerebral y diversos caracteres morfológicos del cráneo ó de los miembros, á un estado relativamente poco alejado del estadio antroipoide.

No es exagerado considerar tales apreciaciones como resultado de un prejuicio y hasta de un prejuicio irritado, pues no fueron emitidas con aquella circunspección que los mismos autores hubieran desplegado en cualquier otra ocasión.

De todos modos, un prejuicio puede contener una parte de verdad que lo refuerza y contribuye á mantenerle. La superioridad muscular del hombre sobre la mujer y los múltiples impedimentos inherentes á las funciones maternas han determinado la supremacía social del hombre en todos los tiempos y en todos los lugares. Las razones sociológicas de este hecho son bastante aparentes para considerarlo como resultante de necesidades vitales para los dos sexos. No es la consecuencia de un sentimiento de orgullo excesivo engendrado en el hombre por la superioridad muscular que ha hecho de él, naturalmente, el mejor defensor y proveedor de la comunidad.

Pero este sentimiento de orgullo ha podido resultar del ejercicio de la supremacía muscular, tanto más fácilmente cuando la división del trabajo entre los dos sexos ha debido acentuar las diferencias sexuales secundarias y que el acrecentamiento de la civilización ha llevado más lejos la división del trabajo masculino.

Así se ha formado el prejuicio masculino, prejuicio particularmente robusto en las profesiones llamadas liberales. Los sabios, los literatos, los artistas y funcionarios de *élite* superiores en su propio sexo, son en su mayoría superiores intelectualmente á sus mujeres, por lo menos hay razones psico-sociológicas para creerlo así. Lo mismo sucede con los industriales y comerciantes. Pero el análisis necesario para que esta superioridad no se hinche ni se generalice demasiado á los ojos de esta *élite* masculina, exige un cierto grado de especialización psicológica. El prejuicio se origina y sería extraño que no lo compartiera la mayoría de los emborrnacuartillas. La misma mujer que se queja de semejante prejuicio, se considera á su vez, en virtud de un prejuicio semejante, mejor dotada que su costurera ó su criada.

Lo que precede tiene por objeto señalar la existencia real de un prejuicio masculino del cual importa mucho á los dos sexos sacar la parte de verdad que pueda encerrar, si la hubiere. Al mismo tiempo se ha indicado que la supremacía masculina observada en todos los pueblos con grados diferentes es un resultado, no de la opinión de los hombres en vista de la inteligencia de las mujeres, sino de causas mucho más profundas y de necesidades sociales. No hay ninguna razón para creer que esta subordinación social de las mujeres, por lo menos tal como existe actualmente, tenga que ser forzosamente eterna é inmutable.

Por lo que concierne á la distribución sexual del trabajo social, vemos algunas causas orgánicas seguramente primordiales; pero todas las diferencias sexuales orgánicas no ofrecen una igual constancia ni una igual antigüedad.

¿Hasta qué punto la distribución sexual del trabajo social está ordenada por razones biológicas? ¿Hasta qué punto se ha conformado á estas razones? ¿Qué progresos podrían desearse bajo este aspecto de la cuestión?

Son planteadas tanto más legítimamente estas preguntas cuanto que numerosas formas de trabajo han tomado nacimiento y se han desarrollado considerablemente en las sociedades modernas, y que algunas de estas formas no parece, al primer examen, que convengan al sexo masculino. Existen además formas de trabajo que han sido abandonadas al sexo femenino únicamente á causa de su simplicidad y de su menor importancia sin haber pensado siquiera en la cantidad de esfuerzo muscular que exigen. Por último, multitud de mujeres, en el actual estado de cosas, vense obligadas á atender por sí mismas á sus necesidades, á menudo hasta las de la prole, y á veces también tienen á su cargo las necesidades de hombres válidos y fuertes, porque, según parece,

hay necesidades económicas que hacen sea particularmente precioso para la sociedad el trabajo muscular industrial de las mujeres y aún el de los niños aunque tenga que cumplirse en detrimento del de los hombres.

No es extraño, por tanto, que las mujeres consideren su subordinación como un simple producto de la brutalidad, del egoísmo y del prejuicio masculinos.

Dado que los obstáculos que encuentran las mujeres en la nueva forma de lucha que se les impone han salido de un régimen social que excluye la lucha entre los sexos, yo digo que es lógico reclamar la supresión de estos obstáculos si un régimen opuesto los hace injustos, odiosos é innobles. Es muy lógico por parte de las mujeres arrastradas á su pesar sobre un terreno en que ya los hombres se devoran unos á otros. No hacen más que reclamar condiciones de lucha que sean equitables.

Sin duda los fenómenos económicos se cumplen con tanto rigor como los fenómenos físicos, una vez determinados. Existen leyes económicas, de acuerdo; pero no son una razón para que vayamos á considerar que tenga que sufrirse fatalmente el efecto de estas leyes y que tenga que aguantarse continuamente, cueste lo que cueste, una manera de obrar determinada por estas leyes. La existencia de leyes biológicas igualmente inexorables, no nos impide de ningún modo que dirijamos nuestra conducta y que la reformemos cuando creemos necesario para evitarnos desgracias que hemos sabido prever. Cuando regulamos nuestra higiene, cuando atajamos una epidemia y cuando curamos un enfermo, no nos rebelamos de ningún modo contra la Fisiología ni contra la Patología biológicas. Nos servimos, simplemente, de las leyes biológicas de igual modo que nos servimos de las leyes físicas y químicas «obedeciéndolas». Pues

lo mismo pasará en materia social, aunque, sin duda, con mayor dificultad.

Precisamente porque existen también leyes naturales y rigurosas en esta materia, podemos esperar servirnos de ellas á medida que las vayamos conociendo.

Una sociedad, como un individuo, llega á darse cuenta de su mal, más pronto ó más tarde, por medio del sufrimiento. Pero es necesario que se produzca una gran suma de sufrimientos sociales para que constituir un sufrimiento social. Y cuando esta suma llega á ser enorme, no tan sólo no es aún sensible para todas las unidades sociales poseedoras cada una de consciencia propia y de yo distinto, sino que buen número de estas unidades sociales resultan aún más prósperas. Entre estas últimas es donde, naturalmente, se establece más difícilmente la noción de un mal social ó de una mala dirección social, y donde suele hablarse de la inevitabilidad de las leyes económicas, como antiguamente se hablaba de la voluntad divina.

Esto significaría que, si el mal existe, es un mal necesario en el sentido de que es la consecuencia de causas inaccesibles contra las cuales nada se puede. Sin embargo, las quejas de los que sufren son á veces bastante numerosas y bastante fuertes y llegan á ser un factor sociológico no despreciable. Entonces se producen, como entorno de un enfermo, proposiciones y sistemas que recuerdan la terapéutica medical primitiva, pero que no dejan de representar una creencia legítima en la futura aparición de una terapéutica social.

En el estado actual de la sociología, pueden perfectamente producirse desórdenes sociales y tener consecuencias lamentables, inmediatas unas, otras más lejanas, sin que estos desórdenes se perciban como tales, sea porque el sufrimiento no es bastante general ó sea porque una adaptación momentánea res-trinja ó cambie de lugar el sufrimiento.

Voy á dar un ejemplo típico lo más sumariamente posible:

Los salarios se vuelven insuficientes para atender las necesidades de una ó de varias categorías de trabajadores (para ser más breve me limito al punto de vista pecuniario). Entre estos trabajadores la mayor parte no deja, sin embargo, de continuar casándose y procreando. Entonces sus mujeres véanse obligadas, para contribuir á los gastos del hogar, á ofrecer su trabajo á vil precio. Consecuencias: agravación de la situación general, hogar descuidado, hijos malamente educados, maridos que recurren al alcohol, etc. Otros trabajadores, más prudentes, se abstienen del matrimonio y no procrean. Estos prosperan. El medio, por consiguiente, se sistematiza. Consecuencias: más alcoholismo, los célibes recurren á la prostitución. Otra consecuencia: como que los maridos se hacen raros, las jóvenes se ven obligadas, á su vez, á buscar nuevos expedientes para vivir. Unas recurren á la prostitución. Otras ofrecen su trabajo manual á bajo precio para poder mantenerse, para ganar tal vez un marido y un hogar. Nueva agravación análoga á la precedente.

Si se casan, las mujeres caen en la primera de las situaciones indicadas anteriormente, á no ser que se abstengan de hacer hijos. Si no se casan, tienen que abstenerse igualmente de hacerlos. Del mismo modo si han logrado encontrar empleos donde no está permitido ni es posible poder ser madre ó cuidarse de los hijos. La primera necesidad que se impone es la de ganarse la vida. Afortunadas son las mujeres que pueden lograrlo por no importa cuales medios. El número de hombres sin trabajo aumenta cada día, así como el número de hogares descuidados, de niños vagabundos, de hombres y mujeres alcohólicos, de criminales y de prostitutas. La población autóctona disminuye en cantidad y

debe perder asimismo en valor, pues que son únicamente los previsores é inteligentes quienes han logrado evitar la miseria evitando ó el matrimonio ó la procreación, mientras que la prole degenerada ó en vías de degeneración, de los miserables imprevisores y sin inteligencia, no disminuye.

Los fenómenos perniciosos indicados en este esbozo se cumplen, en efecto, con una lentitud relativa, sordamente, si así puede decirse, y á una profundidad en que la observación superficial no penetra. Lo visible y lo que sobre todo llama la atención, es el lado pecuniario de las cosas. Una multitud femenina halla en el trabajo industrial una ganancia mínima pero sin la cual su subsistencia ó la de su familia estarían comprometidas. Sin embargo, no dejan de contribuir á la producción y al acrecentamiento de la riqueza pública, y por este hecho su trabajo enriquece á numerosos patronos y á la industria no le falta brazos. Mujeres hay que ganan algo más de lo que requieren sus necesidades; pues que llegan á economizar para la vejez ó logran hacerse con un hogar que equivale á una dote.

De ahí sacan en conclusión algunos que sería bueno abrir nuevas salidas al trabajo industrial de las mujeres, tanto más cuanto que éstas no retroceden ante ningún esfuerzo, aunque tengan que perder la salud y la vida en poco tiempo. Pero no hay anverso ni reverso. También hay los hospitales que se llenan, y, además, por cada mujer que se inutiliza diez se ofrecen enseguida á ocupar su puesto.

Respecto á las que logran amasar un pobre peculio en el que se contiene, literalmente hablando, la emancipación, la independencia y la libertad, puede verse el uso que se apresuran á hacer de esta libertad. Cuando pueden, lo emplean en buscar un marido, un hogar, hijos, es decir, todo lo que representa el famoso

yugo conyugal. Es preciso creer que si este yugo es susceptible de mejoramiento, las mujeres lo prefieren á esta vida mitad hombruna mitad de mujer que se les propone bajo el falaz título de emancipación. Y no es que la vergonzosa explotación disimulada por este título haya sido premeditada. Resulta de la obligación, en que se han hallado las

mujeres, de adaptarse, para poder vivir, á condiciones sociales cuya inmoralidad no pesa únicamente sobre el sexo femenino. Pero esta inmoralidad se traduce en este sexo por síntomas que contribuirán poderosamente á hacerla resaltar, así como la inminencia creciente del peligro que de ella resulta para todo el cuerpo social.

Donato Lubén

Infundios teológicos

I

Dios, el Dios fabúlico de los judíos y de los cristianos, es, según se afirma, un ente todopoderoso, omnisciente en sabiduría é incommensurablemente bueno y dulcedumbre.

Sus grandes atributos de clemencia llenan la inmensidad y su amor hacia todo lo por Él creado no reconoce límites. Al conjuro misterioso y solemne de su imperio formidable, sacó el mundo tierra de la *nada* é hizo surgir al género humano de un *grosero gallón de barro*.

Después, cuando el buen Dios bíblico se convenció, debida y *experimentalmente*, de que *su obra era archibuena*, tras un día de descanso sosegado, volvió á engolfarse nuevamente en las augustas sublimidades de la eternidad en que *siempre* había vivido, honrado y glorificado por las innumerables muchedumbres angélicas pobladoras de los cielos.

Como se ve, la obra jehoviana había sido realmente portentosa.

El mundo tierra, iluminado por los destellos de un sol esplendoroso, rodeado de estrellas y luceros, acompañado constantemente por el satélite luna, envuelto en el velo magnífico de una atmósfera pura y transparente, surcado de mares y de ríos refrigeradores, cubierto por

exuberante flora fecunda y poblado, en fin, por una fauna rica en la variedad portentosa de sus infinitas especies, aun antes de que lo dijera el celeberrimo doctor Pamgloss, era ya *el mejor de los mundos posibles*...

Jehová había sabido hacer las cosas tal cual correspondía á la fama de su *soberbia razón social*.

La tierra proclamaba con sus exorbitantes bellezas la colosal grandeza de su artifice sacrosanto.

Dios era bueno, incommensurablemente bueno; no había porque dudarlo, pues que sus obras magnificas atestiguaban por modo irrefragable lo infinito de su bondad. El hombre nombrado por Él, que lo había modelado á su imagen y semejanza, nada menos que rey de su portentosa *creación mundial*, debía estar altamente reconocido á la extraordinaria magnanimidad del Altísimo, que de tantas y tan sublimes magnificencias se había servido rodearlo.

Posesionado del paraíso terrenal en compañía de su dulce y apetitosa Eva, Adán podía estar seguro de la infinita bondad del Creador del Universo bíblico.

Mas, ¡quién lo había de pensar! cierto

día, aciago para el mundo, el insensato Adán, incitado por los torpes caprichos de la dulce y apetitosa Eva y confiando en la inmensa misericordia de su Dios clementísimo, se acerca al *árbol prohibido*, coje una manzana que le ofrece su cara mitad — ¡y tan cara! — y se la engulle con la más simple y majaderana sencillez del mundo...

Entonces, ¡oh entonces! Entonces, tornando cual tempestad deshecha, se oyó surgir de repente, con estrépitos aterradoros de cataclismo ideal, la voz tonante del Todopoderoso, *omnisciente en sabiduría é incommensurablemente bueno y dulcedumbre*.

Y el buen Dios de las alturas, fuente de toda piedad, longanimidad y clemencia, irritado con furias locas, de huracán indómito, truena contra los desgraciados *pecadores* que tuvieron el *atroz atrevimiento intolerable de comerse unas cuantas manzanas*; y anonadándolos bajo el peso aplastante de su divina ira, los destierra iracundo del paraíso terrenal, condenando á ellos y á sus descendientes, á vivir en la negra servidumbre del trabajo obligatorio, para ganar el sustento amargamente, entre fatigas y desvelos.

Como se ve, la condenación déflica lanzada contra el género humano era terrible y además inapelable. El clementísimo Dios de la teología judáica, condenaba á Adán y á Eva y á todos sus descendientes, por mor de unas cuantas manzanas, á sufrir los rigores del destierro y del trabajo forzado. Ya lo sabían, pues; en adelante, los hombres, todos los hombres, por disposición de la *suma clemencia divina*, quedaban, ineludiblemente, fatalmente, obligados á regar el suelo con el sudor de sus rostros. Además, desde entonces, el Señor Todopoderoso, dando muestras inequívocas de la incommensurabilidad de su misericordia piadosísima desataría sobre los desgraciados humanos, *sus hijos pre-*

dilectos, toda suerte de plagas, miserias y cataclismos...

Ahora bien: ¿qué les parece á ustedes, mis amables y queridísimos lectores, el procedimiento jehoviano? ¿No es verdad que es de lo más *justo, racional y chic* que pudiera imaginarse?

Porque ¡cuidado que resulta un acto de *justicia clemente* de primer orden eso de condenar de un modo tan inusitado y *universal*, nada menos que á toda la Humanidad entera y verdadera por el hecho sencillísimo de que, al majadero Adán, allá en tiempos en que nadie recuerda por lo remotos, se le ocurriera, cual á un simple rapazuelo de menor cuantía, hurtar del árbol prohibido unas cuantas miseras manzanas cuando tal vez ni siquiera se hallaran en sazón!...

¿No les parece á Vdes. que este divino acto de justicia clemente deja tamañito al de la célebre justicia hecha, á decir del autor del saladísimo Pedro Saputo, por los cazurros de Almudénar?

Condenarnos á todos, absolutamente á todos los humanos, á sufrir las miserias del trabajo forzado por un motivo tan fútil y en el cual *fuera de toda duda* que ninguna participación tuvimos los, presuntos descendientes de Adán y Eva, pues que ellos lo llevaron á cabo por su cuenta y riesgo y sin consultar á nadie, que se sepa, es el colmo de la piedad divina y de la frescura teológica.—Bueno que Adán y Eva hubieran pagado su *delito*; pero los demás miseros mortales, ¿qué tenemos que ver con el hurto de unas cuantas manzanas que, según teológicamente se asegura, debieron florecer hace ya la friolera de algunos miles de años?

Condenar á la Humanidad entera y verdadera á sufrir los acerbos rigores del destierro y de la gleba sumida en las tremendas negruras de este mísero valle de lágrimas, por el simple hurto de unas cuantas manzanas más ó menos simbó-

licas, hurto inocente que se supone realizado por el Adán y la Eva de la creación jehoviana, es el acabóse de la infusa frescura teológica, capaz de parir las más extravagantes y absurdas concepciones.

Sí; el destierro del paraíso, es una *bella* creación fantástica salida, como tantas otras de su género y factura, del cacumen calenturiento de algún teólogo judío con ribetes de profeta.

Porque, después de todo, si semejante insensatez barroca, fuera cierta, cual pretende la infusa teología andante, ella daría al traste con la tan decantada bondad

infinita del Dios fabúlico de los semitas y caldeos, ente supremo todopoderoso, omnisciente en sabiduría *é incommensurablemente bueno, clementísimo y dulcedumbre*; pero que, no obstante ser tan clemente y tan infinitamente bueno y dulcedumbre, complácese en atormentar á las criaturas humanas, condenándolas á sufrir toda suerte de vergonzosas miserias morales y materiales, sólo porque Adán y Eva le hurtaran irreverentes unas cuantas manzanas hace ya la friolera de 6,000 años, según asegura el padre Petavia...

¡Tiene gracia la cosa!

Stephen England

El Japón

Yokohama, 2 Diciembre 1903. — ¿Desempeñará el populacho algún día un papel, siquiera momentáneo, en el modernizado Japón? La fermentación que agita todos los elementos de la sociedad, ¿llegará un día á la efervescencia de una revolución popular ó, acaso, á la anarquía?

Esta es una cuestión que obsesiona tanto á los hombres de Estado del Japón, que no hay duda que, tarde ó temprano, inevitable como la muerte, esta guerra con Rusia ha de estallar. Durante este invierno, los «coolis», descalzos y haraposos, fumando pausadamente en sus pipas liliputienses, han discutido gravemente en las calles los derechos del hombre y las relaciones entre el capital y el trabajo (1).

(1) De esto hemos de desprender que las guerras de nación á nación las provocan las clases poseedoras y tienen un doble objetivo: hacerse con mercados para dar salida, vendiéndolos á buen precio, á los productos que el comercio no quiere vender baratos á los nacionales, y distraer al pueblo desnudo y hambriento con el trapo rojo del patriotismo ó el negro del honor nacional para que no se lance á una revolución social que podría restablecer algún tanto

Se han producido huelgas esporádicas, siempre reprimidas por la policía, y rápidamente las corporaciones se transforman en sociedades obreras de resistencia, pero suprimiendo el nombre, pues la ley no permite las asociaciones obreras que no estén calcadas en el antiguo modelo. La tropa disuelve las reuniones socialistas y cuando los periódicos predicán doctrinas que, de uno ú otro modo, pueden parecer subversivas del presente orden de cosas, reciben enérgicas advertencias de parte de las autoridades (1).

El Japón se encamina lentamente

este provocado «fenómeno» del desequilibrio entre el escaso salario del productor-obrero y el elevado precio de los artículos de primera necesidad que no están á su alcance. Sangría por sangría, guerra por guerra, nos parece que el proletariado no tiene ningún interés en juego en la primera y sí uno muy grande en la segunda. — N. DE LA R.

(1) Es un hecho muy significativo, el cual corrobora nuestra anterior opinión, que precisamente sean Rusia y el Japón quienes desatan la guerra, dos naciones en las cuales, como vamos viendo, se extiende en la primera y asoma amenazadora en la segunda la rebelión popular, para sacudirse ó siquiera para poner un freno al exceso de explotación patronal servida y amparada por la tiranía gubernamental. — N. DE LA R.

hacia una guerra en la cual no cubrirá sus gastos. Progreso y pauperismo: tal es el problema que se plantea en el Japón, el más vital de todos los que ha tenido que resolver en el curso de su pasado inmemorial. En el baile del aniversario del rey, en Tokio, uno de los hombres de Estado más viejos del Japón, dijo dirigiéndose á un grupo de diplomáticos:

«Nuestro pueblo es un pueblo de profundo lealismo. La más grande de todas las virtudes es el lealismo, el patriotismo. Esto es lo que pensamos y creemos hoy, pero nadie puede decir lo que nuestro pueblo pensará mañana. Evolucionamos rápidamente. En 1869, cuando Satsuma, Choshu, Hizen y Tosa hicieron voluntariamente entrega al emperador de todos sus derechos y privilegios, el Japón representaba la quintaesencia del régimen feudal, y hoy es industrial, comerciante é individualista, con algún síntoma de socialismo. La historia de la última generación en nuestro país es un resumen de toda la historia política del mundo y aún estamos en camino de continuar sacudiendo el Kaleidoscopio. En unas cuantas decenas de años hemos andado el camino que las naciones occidentales emplearon siglos para recorrerlo y temo que nuestra nación se está precipitando hacia este abismo del progreso que se llama «socialismo».

«Estos llamados hombres de Estado antiguos que han formado y dirigido el nuevo imperio, pueden mantener el Japón en el camino del verdadero progreso mientras ellos vivan y viva el emperador, pues éste representa una fuerza poderosa de conservación para el régimen establecido á lo alemán por el marqués Ito y sus colaboradores. El emperador es verdaderamente amado y por el solo hecho de que bajo su reinado hayamos vencido la China basta para que le veneren todos, hombres, mujeres y niños, en el país. Pero cuando muera,

cuando nosotros los hombres del viejo tiempo desaparezcamos de la escena, ¿qué sucederá? No quiero decir que detrás de nosotros tenga que venir forzosamente el diluvio, pero todos ustedes conocen la inconstancia de los políticos japoneses y el pueril apasionamiento por las nuevas teorías y tengo la certidumbre que el Japón se acerca á un momento crítico de su historia en el que una falsa maniobra puede arruinarle para siempre. Lo más climatérico será para él la lucha contra el socialismo.

«No falta recorrer tanto camino para llegar al socialismo, y acaso á la anarquía, como el que hubo que recorrer para ir del régimen feudal al estado actual. Cada fábrica, cada buque, cada industria nueva aumenta el peso del problema social. Una ciudad como Osaka, es un terrible foco de agitación. Creo que la guerra será bienvenida simplemente porque pondrá un término al deseo insensato de nuevas transformaciones en la política de clases. Carlos Marx y Fernando Lassalle son los ídolos del obrero de las fábricas japonesas y si á lo que ellos enseñan se agrega la notoria inclinación de nuestra raza á ensayar todo lo que es nuevo é inédito, el más miope puede entrever la posibilidad de las barricadas, por más que las hojas de papel protegerían muy mal al obrero contra las balas del ejército que, según mi modo de ver, permanecerá fiel en todos los casos.

— «¿Así, pues, le pregunté, las ideas socialistas se han implantado sólidamente en las masas?

— «En los obreros de las ciudades, sí; pero en el campo el elemento campesino es aún profundamente conservador, por más que la infección principia á extenderse.

— «¿Las medidas que ha tomado el gobierno actual contra el partido socialista no serán diferidas?

— «No bajo el actual reino. El empe-

rador ha concedido ya demasiadas cosas al pueblo.

— «¿No sería mejor dejar en paz á los socialistas en vez de perseguirlos?

— «En el Japón, no. En todas partes, menos aquí. Hasta el presente los japoneses son tan lealistas que para la mayoría un deseo del soberano es una ley absoluta. Abandonado el socialismo á sí mismo tomaría una extensión sorprendente, pero combatido como es, podremos mantenerlo limitado á la comarca Ere Meiji.»

A pesar de la experimentada sabiduría de los hombres de Estado de la vieja escuela, yo creo que sería mejor para el Japón permitir al partido socialista, tal como se había organizado en la primavera de 1901, que continuara existiendo como cualquier otro partido político. Actualmente el nuevo partido ha quedado ahogado en gérmen por la «Ley de Protección de la Paz pública,» la que hace de la aprobación del gobierno una condición necesaria para la creación de una organización política. En esto el Japón ha quedado retrasado.

Esto es una mala política, pues actualmente las clases obreras no tienen una protección legal contra la injusticia de los patronos. En el Japón no existe una legislación obrera. El legislador tiene todas las deferencias para el patrono, pero el asalariado no puede contar con ningún legal apoyo para obtener la reglamentación de la jornada de trabajo, la del trabajo de mujeres y niños, la de la higiene en los talleres, la de la responsabilidad patronal y todo lo que está ya en uso entre los obreros y obreras en Inglaterra. Verdaderos niños hay que sufren trabajando doce horas en grandes fábricas por un salario que en Londres no bastaría para comprar un simple cigarrillo de buena calidad. En estas fábricas se trabaja de día y de noche y la

degeneración de la desgraciada mano de obra industrial es espantosamente rápida.

Las clases bajas están en una trístima condición, pues los ricos se enriquecen rápidamente más cada día y los pobres se empobrecen aún más. El público desea una multitud de artículos que desconocía la anterior generación y una existencia feliz y satisfecha es fatalmente cara, tanto más cuando los salarios han subido poco, mientras que los apetitos, las necesidades reales debidas á una mejor instrucción, han doblado.

Antes no había en el Japón contrastes violentos entre ricos y pobres, y, de hecho, el plutócrata actual era desconocido. Los hombres de raza noble no eran ricos sino en tierras y en arroz y no eran envidiados, pues parecía que si existían era en virtud del orden natural de la creación. Pero hoy, el comerciante y el fabricante, que antes pertenecían á la categoría humana más humilde, son mucho más ricos que los cultivadores de terreno, están en camino de hacerse insolentemente más ricos aún y son los verdaderos dueños del Japón, mientras los hijos de los Samurái se dan por felices si pueden servir como empleados á gentes por quienes sus padres no hubieran sentido más que desdén.

He permanecido durante mucho tiempo en el «sombrio Tokio;» la miseria microscópica que en él se encuentra podía dar materia para un relato terrorífico á los que se imaginan que el Japón es un país de lindas lamparillas y de cerezos floridos. La venta y la compra se practican en estos lugares de miseria en una escala tan infinitesimal, que la suma de sesenta céntimos es suficiente para montar la tienda de un mercader ambulante de vituallas populares.

A estos desgraciados que ni cinco cén-

timos poseen para alquilar un cuartucho grasiento donde poder dormir, se les oye discutir con volubilidad las doctrinas de Proudhon y de Lassalle, cuyas obras han sido traducidas y editadas en pequeños folletos leídos á los analfabetos por algún institutor improvisado.

«El Japón, dicen, ha sabido avanzar hasta aquí; ¿por qué no ha de ser capaz de andar todo el camino y alcanzar el estado ideal?»

¡Pobres soñadores hambrientos y des-

nudos! No son ellos los únicos que sueñan; exceptuando la burguesía y la alta nobleza, todos los japoneses piden lo mismo, avanzar. Con buen sentido práctico plantean este problema: ¿por qué no ha de ser fácil realizar un gobierno que represente la mejor concepción del hombre, antes que soportar un estado de cosas cuyas imperfecciones saltan á la vista?

El Japón tiene ante sí el fantasma siniestro de un inevitable conflicto.

Del *Daily Mail*, de Londres, 24 Diciembre 1903 y 9 Enero de 1904.

R. Mella

Las grandes obras de la civilización

Conferencia explicada en el Instituto de Jovellanos, de Gijón, el día 2 de Abril de 1903.

Perdonad que un desconocido por su saber ó por su arte, ose dirigiros la palabra. Requerimientos de la amistad obliganme á correr el riesgo de un fracaso casi cierto.

Estimo, no obstante, que aun desprovisto de elocuencia y de ciencia, todo hombre medianamente culto y enteramente sincero, tiene algo interesante que decir á sus conciudadanos y, si la ocasión se le ofrece, debe manifestarlo, ya que de la recíproca comunicación de ideas y de sentimientos brota la armonía de la vida intelectual y afectiva y de la material también, que es, en último análisis, la suprema aspiración de los hombres. Tal es, á mis ojos, la razón que, si no me justifica, me disculpa.

No me propongo entreteneros con la minuciosa crónica de las grandes obras de la civilización. Aparte de que es labor erudita que requiere mayor espacio que el de una sola conferencia, conozco que fuera ocioso molestaros exponiendo aquí lo que todos más ó menos conocéis por

la cotidiana observación ó por el estudio. Mi objeto es otro. No soy maestro de nada y por ello no he de explicaros una lección sobre la materia; bastará, á mis fines, que lo que aquí diga sugiera en vosotros la apetecida reflexión sobre las condiciones de nuestros progresos.

En conjunto, las obras de la civilización pueden ser divididas en dos grupos bien definidos: el primero comprende las obras materiales, de utilidad y aplicación á la industria, á las comunicaciones, al comercio, á la vida práctica en su totalidad; el segundo abarca el amplio campo del desenvolvimiento intelectual y ético, de la ciencia, del arte, de la vida superior, en fin, de la especie.

Trataré, pues, de las grandes obras de la civilización sumariamente y por el orden indicado, advirtiendo, empero, que habré de ocuparme más de sus consecuencias que de su misma importancia intrínseca.

El carbón y el hierro han cambiado la faz de la tierra. La máquina de va-

por es el moderno signo de redención, maravilloso generador de progresos incalculables. Reina y gobierna soberanamente todas las manifestaciones de la actividad. Nos emancipa del trabajo innoble y ennoblece el trabajo útil; convierte á la bestia que tira, en cerebro que dirige, y después de haber convertido en un placer el supuesto castigo, todavía nos regala comodidades y deleites desconocidos por siglos de siglos.

Apenas es necesario hablarlos de las maravillas de la mecánica. Empezóse por sencillos artefactos casi del todo inútiles. A poco, millares de modificaciones, sucediéndose con rapidez vertiginosa, produjeron mecanismos asombrosos de práctica aplicación á todas las industrias y á todas las artes. Y en la plenitud de la evolución, verificada en menos de un siglo, háse realizado el prodigio de obtener con el máximo de sencillez, el máximo de aplicación. La inventiva humana conquistó así el más feliz de los éxitos.

Nada, sin embargo, nos sorprende ya. El menos ilustrado de los obreros vive á diario en íntima familiaridad con los colosos de la industria. Las generaciones, apenas deletrean, tienen á su alcance innumerables medios de adquirir pleno conocimiento del mundo en que entran. Los enormes productos de la industria, los prodigios de las invenciones nuevas, apenas atraen un momento nuestra atención. Todo ha llegado á ser cosa común de la vida ordinaria.

Por el contrario, antójasenos parsimoniosa la velocidad de los trenes, molesto el ruido de los tranvías, de los motores de gas, de las máquinas de vapor; poco artística la espesa malla de los conductores aéreos de electricidad, una bagatela los 300,000 kilómetros próximamente de la red ferroviaria de Europa, y queremos más, mucho más.

El vapor, que dijo no sé quién, es el soberano del tiempo y del espacio, será

vencido, como presente todo el mundo; será vencido también el alambre. Los ferrocarriles eléctricos, la telegrafía sin hilos, las mil aplicaciones novísimas de la electricidad inauguran en estos instantes una nueva época.

¡Qué magnífico triunfo, no obstante, el de nuestros días! Se arranca á las entrañas de la tierra, á enormes profundidades, cuantiosas riquezas. Nubla el sol la densa humareda de millares de fábricas. Vá la loca viajera, con asombrosa rapidez, á través de profundos abismos y de gigantescas montañas y ora sube á las más culminantes alturas, ora desciende al llano y llega jadeante hasta la playa, donde la besa el mar. Iluminanse las ciudades como por ensalmo, vuela y más que vuela la palabra del uno al otro confín, puéblanse las aguas de millares de naves que burlan la tempestad, súrcase los aires y penétrase en las tinieblas del fondo del océano, conviértense los pedregales en campos fértiles, los harapos en hermosas telas y apenas nos percatamos, en el tráfigo incesante de la vida actual, de que el hombre ha creado una existencia nueva, diametralmente distinta de aquella que nuestros tristes antepasados conllevaron casi del todo indefensos y frente á frente de temibles enemigos.

¿Qué importa ante la grandiosidad de esta labor, comenzada ayer, desarrollada vertiginosamente en un centenar de años, la exactitud de las fechas y las nomenclaturas y las preferencias ó méritos individuales y nacionales? Es la obra de todos, poderosos y humildes, sábios é ignorantes; es la obra común de una época entera cuyo conjunto obscurece toda incidencia.

Y de esta obra común en que cada uno puso su grano de arena, más que de los hechos mismos, con ser muy importantes, han de solicitar nuestra atención las consecuencias.

En cada instante de la vida puede con-

tarse por centenares de millares el número de hombres que viaja de uno al otro extremo del mundo; por millares de millones el de comunicaciones escritas y verbales que se transmitan á campos, villas y ciudades; por millones de millones de kilógramos el de las mercancías transportadas á las más diversas distancias. Una de las más grandes obras de la civilización ha sido la de suprimir todo género de barreras entre los hombres, estableciendo el cambio continuo de impresiones, de acuerdos, de necesidades, de servicios, en tal forma, que puede afirmarse vive cada individuo por completo en toda la humanidad y recíprocamente. El prodigio ha sido éste: expansión ilimitada de la personalidad.

¿Y qué no diremos de la inmensa diversidad de productos con que nos ha enriquecido la industria? El abrigo, la alimentación, la vivienda, todo ha progresado extraordinariamente así en calidad como en cantidad. Transfórmase rápidamente la agricultura. Los tubos de calefacción, los invernaderos, el suelo artificial, la maquinaria acabarán con la rutina inveterada del campesino. La ciudad invadirá el campo y el campo entrará triunfante por las calles de las aglomeraciones urbanas. El telar mecánico asegura para siempre no sólo el vestido sino las satisfacciones del gusto y hasta el lujo. La higiene purifica las ciudades; el arte las embellece; no hay recurso á que no apele el ingenio humano para completar la gran obra, y el reinado de la abundancia llama á las puertas del mundo con fuertes aldabonazos.

No lo dudéis: las grandes obras de la civilización han hecho posible para todos los hombres la comodidad y el bienestar, Digan lo que quieran teorías arcáicas, aunque se cubran con el manto de la ciencia, es lo cierto que el trabajo humano puede producir pan, abrigo y vivienda confortable para todo el mundo.

Pensad en la cifra que representaría la enorme cantidad de caballos de vapor que suponen los millares de máquinas que no cesan de trabajar en todos los países de la tierra. Pensad en la equivalencia de esa fuerza convertida á brazos. Pensad en el despilfarro de trabajo humano que se hace en campos y ciudades y en el considerable provecho que se obtendría si se organizase como demandan nuestros conocimientos y nuestras necesidades actuales. Podriase ocupar muchas horas enunciando cantidades y haciendo cálculos.

El resultado sería invariablemente el mismo: exceso de producción. No de otra suerte se explican casi todas las crisis económicas de nuestros días. A cada paso se hace indispensable para el industrial reducir la producción. Con la más elemental de las previsiones, sin embargo, apenas habría que ocuparse del mañana si el trabajo estuviese dirigido en el sentido de las necesidades generales y no en el de los beneficios particulares.

No sobran productos en el mercado porque falten consumidores, esto es, porque no haya necesidades que satisfacer; sobran porque no hay compradores, que no es lo mismo; porque las necesidades no van acompañadas de la posibilidad de satisfacerlas. La riqueza ha aumentado y aumenta tan prodigiosamente á medio de los modernos inventos y de las geniales creaciones de la humanidad, que sería locura negar la posibilidad del bienestar para todos.

Verdad, y verdad amarga, que el contraste en nuestros mismos días es cruel para el menesteroso. El hartazgo y el hambre se codean; lujo y desnudez andan juntos por calles y plazuelas; hay madres sin amparo, huérfanos perdidos en el arroyo, en el asilo y en la cárcel, ancianos arruinados fisiológica y moralmente por la fatiga del trabajo excesivo, reducidos á vivir de la compasión pú-

blica; hay al lado de todas las maravillas que benefician al hombre, las maravillas de la destrucción y de la muerte, los horribles artefactos de la guerra, bárbara y perenne amenaza al porvenir de paz y de justicia; hay todo un mundo de espantosas fealdades, de vicios, de corrupciones que envuelve y ahoga toda belleza, toda virtud y toda bondad.

Séanme perdonados estos que suele llamarse lugares comunes. La verdad debe decirse toda entera. Y forzoso es que la música triunfal de la civilización no suene al oído con una armonía de que carece.

Las grandes obras de la época moderna tienen á su cuenta la producción fatal de un fenómeno, patente á las más limitadas inteligencias, que es causa de todas nuestras luchas. Este fenómeno que lleva la pobreza allí donde vá la mayor riqueza, es el desequilibrio enorme en que vivimos.

Aun para aquella parte de la sociedad más modesta á quien han llegado los beneficios de la civilización, el sello de ese desequilibrio marca muy claramente la característica de nuestros adelantos. El proletariado de levita, la clase media pobre, jóvenes que mal viven de sueldos mezquinos, sostenidos por la falaz esperanza de un aburguesamiento posible, son testimonio indudable de nuestra miseria social, de la forma servil del trabajo moderno. ¿Qué decir de las clases llamadas torpemente inferiores? Ciertamente que millones de obreros *gozan* de las ventajas del ferrocarril. Pero algunos, muchos, los segadores gallegos, por ejemplo, viajan como en rebaño, llenos de inmundicia, apiñados en cajones de madera, sin luz y sin aire, y viajan además á paso de tortuga con tiempo bastante para morir en el camino víctimas de una peste cualquiera. Ciertamente que el trabajo en la mina puede hacerse con todo género de seguridades y en condiciones de comodidad muy apreciables,

pero en todas las minas del mundo ocurren á diario espantosas catástrofes sin que, por la frecuencia de tales sucesos, nadie se inquiete. Recuerdo á este propósito el horrible trabajo en las minas de azufre de Italia. Mosso, en su obra «La Fatiga» cita informaciones oficiales que hielan la sangre en las venas.

Centenares de muchachos y muchachas trepan, excesivamente cargados, por angostas escaleras ó rápidos declives, hostigados por los pellizcos de los capataces. Cuando esto no basta, ¡espan-táos! les aplican á las rodillas linternas encendidas que achicharran las carnes de las infelices criaturas. Y cita más: en una sola provincia, de 3,672 jóvenes trabajadores de las sulfataras, solamente 203 fueron útiles para el servicio militar.

Cierto, así mismo que el más humilde puede permitirse el *lujo* de cruzar los mares en magníficos trasatlánticos, pero habrá que cerrar los ojos ante el cuadro aterrador de las innarrables miserias de esas grandes levas de desarrapados que recuerdan el antiguo tráfico de esclavos. Ciertamente que existen maravillosas fábricas bien oreadas, higiénicas, amplísimas, como la que cita Kropotkin en uno de sus libros, fábrica cuyo horno no se adivina á treinta pasos de distancia no obstante temperaturas superiores á mil grados; pero en talleres y fábricas malos, oscuros, súcios, agonizan lentamente millares de hombres y, lo que es peor, de mujeres y de niños. ¿Qué más? La misma clase media se extenúa en una semi-vida espantosamente triste bajo el torcedor de la impotencia. Todas las ventajas de la civilización no se obtienen sino mediante la esclavitud apenas disimulada de millones de criaturas humanas.

Y, sin embargo, las colosales obras de la civilización son fruto del trabajo continuo y tenaz de multitudes de sábios y de obreros igualmente desposeídos,

igualmente sacrificados: las grandes empresas financieras casi no hacen otra cosa que percibir los intereses. Héroes y mártires de la ciencia, héroes y mártires del trabajo, señalan la ruta de nuestros progresos. Algunos, muy pocos, han tenido por compensación á las pasadas angustias un nombre en la posteridad; otros que forman legión, héroes y mártires ignorados, sacrificaron ó sacrifican en aras de la civilización todo su saber y todas sus energías, perdidos en el ambiente de usura y de mercantilismo que les ahoga. Laboriosos artesanos, modestos fautores de todos los adelantos, luchan penosamente por, conservarse en una situación decorosa que permita á su prole la continuación honrada de un trabajo semi-libre. Y después, después la gran masa, los millones de hombres sin oficio, los tristes jornaleros de dos pesetas, legionarios de la esclavitud, supervivencia de un mundo que nos holgamos haber destruído, rinden á la civilización su vida entera, y sobre las piltrafas de su carne y sobre las esquiras de sus huesos se levanta orgulloso el monumento espléndido de todos los adelantos, de todas las innovaciones, de todos los prodigios del mundo.

Es que las grandes obras de la civilización carecen de aquel carácter de generalidad que requiere la justicia para que todos quememos en su altar el incienso de nuestra fe. ¡Se ha generalizado,

universalizado tantas cosas insignificantes, inútiles y hasta perjudiciales á la existencia normal de la humanidad, que nos ha faltado tiempo para hacer llegar á todos la obra de todos! Los beneficios de la civilización son privilegio de unos pocos hombres; para los más son tortura y martirio. Y en cambio de este particularismo del progreso, fijáos como el mal hiere á todos, siquiera sea en diversos grados; hiere á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los humildes, á los sábios y á los ignorantes. El espectáculo de la miseria desafía la indiferencia de la riqueza; la pestilencia de los arrabales invade las lujosas vías de la gran ciudad; las tinieblas de la ignorancia esterilizan toda sabiduría; la crueldad y la violencia engendran violencias y crueldades; la resignación de la masa convierte á la humanidad en rebaño hambriento y sucio. Nadie puede sustraerse á las influencias de un medio deprimente y mal sano.

Sería inútil callarlo; inútil negarlo. Ha progresado el mundo rápidamente y este mismo progreso, reducido al cenáculo de los venturosos, produce grave desequilibrio social que nos hace infelices en medio de la posibilidad de todas las dichas. Se imponen soluciones de armonía, de paz y de justicia, soluciones de liberación total. Es menester que la civilización consume su obra: el bienestar para todos.

(Continuará)

J. Comas Costa

La agonía de los dioses

Obrar es vivir; obrar más es aumentar el fuego de vida interna.

GUYAU.

La fe religiosa que en los pasados siglos de obscurantismo había arraigado tanto en la conciencia de los hombres siendo casi exclusivamente el solo factor

que determinaba todos sus actos, ha muerto ya; el Dios de los antiguos, recibiendo los bárbaros holocaustos de los hombres ha quedado relegado al olvido

más profundo y ni uno sólo de los actos humanos obedece *ciegamente*, como antes, á la *conocida* voluntad de lo sobrenatural.

Después de la «razón pura» que en tiempos ya relegados al olvido fué la que hizo evolucionar las religiones, pasando gradualmente del politeísmo al monoteísmo, impera con destructor entusiasmo el foco luminoso del conocimiento práctico y objetivo de las cosas que todo lo invade y presenta á los ojos de nuestro entendimiento los erróneos conceptos que nuestra ignorancia había levantado; y de día en día nuevas oleadas de luz suceden unas á otras que cristalizando en nuestro espíritu hacen vibrar cada vez más intensamente las fibras de nuestro corazón.

Y es que las modernas corrientes científicas hanse acentuado de un modo tal en los cerebros humanos, que hoy han quedado ya casi olvidados por completo los estériles *conceptos metafísicos*, naciendo claramente los ideales en medio del vasto y fecundo campo del *positivismo*, basado en la observación y experimento de todo cuanto nos rodea.

Darwin, el más grande de los revolucionarios habidos, sentó á mediados del pasado siglo XIX, exponiendo su «teoría de la evolución», la primera piedra fundamento de la *moral positiva* y modernamente el gran naturalista Haeckel, con su «ley de la substancia» ha venido á fortalecer de una manera notable el edificio de la ciencia; hoy la Vida con ímpetu devastador destruye toda creencia y se desborda por todas partes.

Y no solamente hemos entrado en un período de destrucción de los ídolos *externos y personales*, no; nuestra obra se extiende mucho más allá; penetra hasta la intimidad del ser humano y con felices resultados sana nuestras almas

ulceradas por el contacto de la superstición quintaesenciada.

El gran filósofo Guyau, ha sido el que con más audacia ha atacado hasta su último grado las tiranías morales, despojándolas por completo del «santuario de la conciencia» donde estaban refugiadas; ha examinado científicamente y punto por punto los conceptos integrantes de nuestra vida psico-fisiológica y ha *descubierto* la Vida en todo su esplendor, desalojando de nuestro ser los ídolos, que enderrocados por las modernas corrientes filosóficas habían nacido en nosotros cubiertos con el ideal velo del *impersonalismo*. Su obra, edificada encima de las ruinas de las viejas creencias, se ha superpuesto aún á la de los grandes filósofos Stuart Mill, Spencer, Nietzsche, Fouillé, etc., etc.

El *bien en sí*, errónea ilusión de los antiguos moralistas, los *conceptos a priori* de Kant, el *optimismo* de Spinoza, el *pesimismo* de Hartmann, fundado en la balanza de los placeres y los dolores, y la *moral del placer* que modernamente algunos filósofos habían considerado como fin de nuestros actos, todo ha sido enderrocado por él.

Los dioses externos han desaparecido, y los internos, unificados todos bajo su único aspecto, el *Deber*, están lanzando al vacío su postrer quejido de muerte; del estudio y verdadero conocimiento de la evolución humana, ha surgido derramándose con impetuosidad por todas partes, la ley de la Solidaridad, que abarca desde el mundo de las células, el ser, hasta el mundo de los seres, el universo, y científicamente ha quedado bien sentada la teoría de que el blanco al cual van dirigidos todos nuestros actos, nuestras acciones, es la Vida misma; la Vida en todo su posible desarrollo y expansividad.



Letras de todas partes

El Obrero Moderno, plática familiar leída por su autor, Anselmo Lorenzo, en la Sociedad de Metalúrgicos de Barcelona, es uno de los mejores folletos de nuestro amigo.

Por la espontaneidad y soltura del estilo, por las razones y datos que aduce respecto al obrero moderno, la resistencia y el societarismo, es una obra utilísima para la mayor ilustración de los millones de proletarios que no han traspasado las miserables fronteras del mejoramiento inmediato y también para aquellos que, llevados de exagerados idealismos, han pasado de un fanatismo funesto a un absolutismo pernicioso.

El Teatro y el arte dramático de nuestro tiempo, conferencia leída por el autor, Felipe Cortiella, en el teatro de Lara, es una disertación brevísima de puro desaliento revolucionario.

El amigo Cortiella quiere demasiado sin observar que el teatro, como todo, no puede ser sino expresión del mundo y del momento en que vive. ¿Cómo es la Sociedad? Pues así es el teatro. La dramaturgia, sólo a impulsos del genio creador, *rara avis*, puede parir cuanto Cortiella anhela.

Hay otras esferas donde la acción producirá un día profundos cambios y entonces no habrá necesidad de llamamiento a la realidad y al arte libre porque ó el teatro se transformará ó desaparecerá por arcaico, falso é inútil.

Fernando VII.—Drama histórico original de don Manuel Lorenzo D'Ayot.

Como su título indica, es una página de nuestra *flamante* historia. Los reyes hablan y obran como los rufianes y el buen pueblo berrea el famoso ¡vivan las caenas!

No se nos alcanza el objeto del drama sobre asunto tan manoseado. ¿Cómo no sea que nos muramos de vergüenza!

Es lástima que el ingenio y el talento se dilapiden en obras de esta índole.

Aire y luz por Edmundo de Amicis, precioso tomito de la Colección Diamante, editado por la casa Antonio López, de Barcelona.

El nombre del autor basta a hacer el elogio del libro. Destácase en la colección de trabajos que la forman, el cuento titulado «El secreto de Luisita» que es de gran mérito literario.

La Busca, novela de Pío Baroja, editada por Fernando Fé, de Madrid.

El autor describe con mucho desenfado la vida de la golfería madrileña. No puede decirse que, en rigor, haya novela en este libro. Los personajes son figuras fugaces de las cuales sólo una llega al final, sin que el autor logre darle relieve; la acción carece de aquella finalidad sintética que constituye el motivo de toda composición literaria.

Pero si no hay una síntesis, abundan en cambio las pinceladas magistrales con que Pío Baroja va trasladando al papel las crudezas y afanes de la miseria, las torturas de *la busca* en la lucha por la vida.

Como a esta novela seguirá «Mala hierba» donde, sin duda, el autor completará su pensamiento, esperamos, para formar cabal juicio, a que dicho tomo vea la luz.

Recibido:

Los malos pastores, drama de O. Mirbeau, traducción de F. Cortiella, precio 1 peseta.—*Livre Examen*, por Paraf-Javal, edición portuguesa.—*Memoria reglamentaria* del Ateneo Obrero de San Andrés de Palomar.

Amor e liberdade, revista de ciencia, sociología, literatura y arte, de Lisboa; *L'Intransigente*, de Lecce (Italia); *La Voz Montañesa*, de Santander.

Erratas:

En el número anterior se han deslizado tres erratas. En la página 1.^a, primera columna, párrafo segundo, donde dice «Evoluciones, muy sumarias por cierto», debe decir «Evaluaciones».

En la página 166 el nombre del autor del trabajo *Guerra á la guerra*, ha de ser «Pedro Gori», en lugar de «Qori».

En la página 170, segunda columna, párrafo segundo, donde dice «Malière», debe leerse «Molière».

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chaflán Bruch).—BARCELONA